

## ANTIGUOS Y NUEVOS EMPRESARIOS EN LA REGION DE CONCEPCION EN EL SIGLO XIX\*

Leonardo Mazzei de Grazia\*\*

La incorporación de la región de Concepción al proceso de expansión y modernización económica que vivió el país durante la centuria pasada, se produjo en forma más tardía en relación a la mercantilización de Valparaíso, con la introducción de casas consignatarias y comerciantes foráneos, y al desarrollo de la minería en el norte.

La actividad que dio inicio en la región a una nueva etapa en su trayectoria económica, fue la agro-industria, específicamente la molinería del trigo, en la que empezaron a conformarse compañías mercantiles, forma de organización empresarial hasta entonces muy poco difundida en la región. La primera sociedad molinera que se estableció, fue la del sueco Olof Liljevalch y del inglés Enrique Burdon, que instalaron el molino de Puchacay. Hacia los mediados de la década de 1830 se constituyeron compañías molineras en el puerto de Tomé, que de modesta caleta se transformó en el principal centro harinero de la región. Entre las sociedades que se formaron en esos años estuvieron la de Tomás Walford y Cía., integrada por el titular de la razón social, Tomás Tasthan Smith, también británico, y el norteamericano Fineas Lovejoy, residente en La Serena, quien se sintió motivado a invertir recursos en esta nueva actividad que surgía en el sur; y la de Liljevalch en unión con sus cuñados los estadounidenses Pablo Hinckley Délano y Guillermo Gibson Délano, que se asociaron para explotar molinos en Tomé y en Penco. Aunque esta última sociedad no se prolongó por mucho tiempo, de ella se derivaron importantes compañías molineras: la del molino de Tomé y las del Caracol y Bellavista, situados en ese mismo puerto.

Antes de la instalación de estas compañías la molinería en la región, como en casi todo el país, era un rubro rudimentario. Los burdos molinos de madera, llamados de cuchara, provistos de una rueda de piedra giratoria, estaban emplazados en ramadas de totora en las haciendas y abastecían al consumo local. Los molinos establecidos por los empresarios extranjeros iniciaron la producción de harina comercial y, junto con ello, la modernización de la economía regional, con la introducción de maquinaria a vapor y la producción para el mercado externo. El impulso transformador fue obra de empresarios extraregionales.

En cuanto a la situación de los hacendados locales, como es conocido, las guerras de la Independencia habían provocado trastornos en la propiedad territorial. Familias principales perdieron sus haciendas, aunque algunas con la finalización de los avatares bélicos y la llegada de la paz, pudieron recuperarlas. Otros, que no se contaban en el grupo de mercaderes-terratenientes de mayor prosapia del período pre-independentista, desarrollaron un proceso de acumulación de propiedades. Aprovechando precisamente las vicisitudes

\* Este trabajo ha sido financiado por el proyecto de investigación Fondecyt N° 1970885, "Trayectorias empresariales en la economía de la región de Concepción, 1840-1880". Agradecemos la colaboración del ayudante de investigación Sr. Mauricio Rubilar Luengo, quien recopiló parte de la información en fuentes periodísticas.

\*\* Profesor del Departamento de Ciencias Históricas y Sociales, Universidad de Concepción.

ocasionadas por la guerra, con la consiguiente baja de los precios de la propiedad territorial que se prolongaría por varios años, y a la vez el endeudamiento de pequeños propietarios, lograron transformarse en importantes latifundistas. Así lo hizo la familia Palma Barriga, cuya gestión de acumulación de propiedades la llevaron a cabo la madre doña Catalina Barriga, y sus hijos varones José Salvador y José Ignacio Palma. A nombre de este último figuró la mayor parte de los negocios familiares. Los Palma Barriga consiguieron adquirir más de 12.000 cuadras de tierras, distribuidas en grandes, medianas y pequeñas propiedades en el área extendida desde Quirihue por el norte hasta las riberas del Biobío. Incluso los Palma penetraron al sur de este río, a la Araucanía, donde por diversos expedientes pudieron apoderarse de unas 10.000 cuadras<sup>1</sup>.

Distinto al caso de los Palma fue lo ocurrido a familias principales de raigambre latifundista colonial. Estas conformaban en la época posterior a la Independencia, el grupo de los hacendados tradicionales y eran los sucesores hereditarios del núcleo de mercaderes-terratenedores que dominó en la región en las tres últimas décadas del siglo XVIII y primera década del XIX; en ellos se incluían, entre los más importantes, los herederos de las familias Urrutia Mendiburu, Urrejola Vicur y de la familia Manzano, esta última, más antigua que las anteriores. Los hacendados tradicionales tuvieron que preocuparse de recuperar las propiedades, aquellos a quienes les habían sido secuestradas, o bien de reconstituir y distribuir las propiedades entre numerosos herederos. Así ocurrió con la familia Urrejola Vicur, que pudo recuperar las haciendas de Cucha Cucha y Pomuyeto, ubicadas en Ñuble, y con la familia Urrutia y Mendiburu, que tuvo que proceder a la partición de las numerosas y extensas propiedades acumuladas por José Urrutia Mendiburu, entre las que se contaba la hacienda San Javier, ubicada también en Ñuble, con una superficie de 6.000 cuadras, y la gran hacienda de Longaví con una extensión extraordinaria de unas 60.000 cuadras al tiempo de su partición<sup>2</sup>.

La venta de la producción triguera de las haciendas y de la captada a los pequeños propietarios, puso en contacto a los terratenientes con el negocio molinero. Algunos se animaron a incorporarse a esta actividad, durante el auge provocado por la demanda de harina desde California hacia los mediados del siglo pasado. José Ignacio y José Salvador Palma compraron a Enrique Burdon en el año 1848 el molino de Puchacay, por un valor de \$ 60.000 a pagarse en cinco años, bajo hipoteca del mismo molino y de la hacienda Taiguén, ubicada en Quirihue, con una extensión cercana a las 4.000 cuadras<sup>3</sup>. Por el mismo tiempo José Francisco Urrejola se asoció con el norteamericano Moisés W. Hawes, experto en el trabajo de molienda, para establecer el molino California de Tomé, contando con el apoyo financiero de otro estadounidense, Samuel Frost Haviland, habilitador en el norte minero, que suministró sucesivos créditos a la nueva compañía. La empresa funcionó satisfactoriamente durante unos tres años, constituyéndose en una de las compañías molineras más importantes de la región. No obstante, desavenencias surgidas entre los socios, producto de la revolución de 1851, que impulsó a Hawes a ausentarse temporalmente

<sup>1</sup> Las adquisiciones de tierras hechas por los Palma constan en Archivo Nacional. Notarios de Concepción (ANC) vols. 13, fs. 226-229; 15, fs. 194-197; 18, fs. 122-124 (2º índice); 19, fs. 38v-39v; 20, fs. 187-193 (2º índice); 26, fs. 4v-5v y 230v-232; 28, fs. 181-187v; 29, 192-195v y 134-135 (2º índice); 30, fs. 17v-20; 33, fs. 208-210 y 331-337; 38, fs. 121v-123v, 165-166v y 230-232; 42, fs. 68-69v y 271-272; 44, fs. 23-24 (4º índice) y 32-33 (4º índice); 45, fs. 206-208; 47, fs. 182-184, 195-199v, 229v-231, 237v-238v y 350v-354 y 56, fs. 158-161v y en Archivo Nacional. Judicial de Concepción (AJC) vol. 4, pza. 1; vol. 47, pza. 11 y vol. 86, pza. 11.

<sup>2</sup> Partición de los bienes que han quedado por fallecimiento de don José Urrutia y Mendiburu y de su mujer doña Luisa Manzanos de Guzmán, en ANC, vol. 46, fs. 247-305v (5º índice).

<sup>3</sup> ANC, vol. 40, fs. 139-145.

del país llevando consigo algunos haberes de la compañía, ocasionaron un engorroso juicio, luego del cual se produjo la separación del socio norteamericano<sup>4</sup>. Urrejola siguió al frente del molino California en sociedad ahora con José Ignacio Palma. Además compró molinos en Penco e invirtió \$ 70.000 en el molino de Corinto, ubicado en la confluencia de los ríos Claro y Maule, que había sido establecido por molineros de Concepción. Pero paulatinamente se fue desprendiendo de sus propiedades molineras, privilegiando su función tradicional de terrateniente. Un contrato de arriendo suscrito en el año 1873, es ilustrativo de sus disponibilidades territoriales, aunque no incluye todas ellas; por él entregaba en alquiler la hacienda Rangüelmo de 1.360 cuadras; los fundos Copade y Cunaco de 100 cuadras cada uno y las viñas de Ranquil emplazadas en un retazo de 50 cuadras, propiedades todas éstas que se ubicaban en el departamento de Coelemu; el arriendo comprendía igualmente los fundos Troncón y Chaimávida en el departamento de Puchacay, que unidos conformaban una extensión de 360 cuadras. La renta anual de todas las tierras alquiladas era de \$ 4.000, incluyéndose edificaciones, útiles y animales<sup>5</sup>.

No obstante la participación de los hacendados referidos en el rubro de molinos, a los que se agregaron unos pocos más, el grueso de los hacendados regionales no intervino en este subsector agro-industrial, permaneciendo en su posición de propietarios territoriales, subastadores de diezmos, captadores de la producción de pequeños agricultores y abastecedores de los molinos. Los sucesores del pujante grupo mercantil-terratiente de fines del coloniaje, se vieron sobrepasados por los nuevos empresarios foráneos y adquirieron conciencia de ello. Frente a esa circunstancia, tuvieron la iniciativa tardía de formar en el año 1855 una asociación de agricultores con el propósito de contrarrestar la supremacía económica de los molineros. Ellos se quejaban del monopolio ejercido por éstos en la absorción de la producción triguera, expresando en un planteamiento de corte fisiócrata que tal acción se verificaba "con perjuicio de los hacendados y productores de los cereales", pretendiendo con ello "enseñorearse y triunfar por sí sólo de la laboriosidad, industria y economía de los verdaderos productores de la riqueza del país"<sup>6</sup>. Se proponían establecer sus propios molinos y bodegas y captar mercados alternativos, en especial el del Perú. Sin embargo, la bonanza de California llegaba a su ocaso y no era fácil introducirse en la plaza peruana, que desde la época colonial había privilegiado el abastecimiento por la vía de Valparaíso, y a la que concurría ahora también la competencia desde la misma California. Con todo los hacendados pudieron efectuar exportaciones de trigo al Perú, como se indica en las estadísticas relativas al movimiento marítimo en los puertos de la región, publicadas en la prensa local. Así, se informaba por ejemplo, que desde Talcahuano se condujeron con destino al Callao 17.240 fanegas de trigo, durante el primer bimestre de 1860, por un valor de \$ 68.840, lo que equivalía a un precio bastante conveniente de \$ 4 por fanega; mientras que en el segundo bimestre del mismo año el monto de las fanegas exportadas al Perú subió a 19.645, pero su valor total descendió a \$ 58.935, lo que significaba un precio de sólo \$ 3 por fanega<sup>7</sup>.

Eran los años de la primera crisis que golpeó fuertemente a la economía nacional en expansión y que repercutió en los terratenientes locales, influyendo en el precio de los productos agrícolas, en especial el trigo, que registró acentuadas fluctuaciones, llegándose en ciertos momentos a la paralización de las transacciones. "Una paralización completa se nota

<sup>4</sup> *Ibidem*, vols. 38: fs. 201v-203; 40, fs. 329v-330 y 44, fs. 14v-16 (4º índice) y AJC, vols. 52, pza. 6 y 71, pza. 1.

<sup>5</sup> ANC, vol. 98, fs. 432-433v.

<sup>6</sup> "Asociación de agricultores" en *El Correo del Sur*, Concepción, 2 de junio de 1855.

<sup>7</sup> *El Correo del Sur*, Concepción, 31 de marzo y 31 de mayo de 1860.

en las transacciones comerciales de la plaza de Concepción - se señala en una información del mismo periódico citado -. El trigo, artículo que en otro tiempo tanto empuje daba a los negocios de las provincias del sur, hoy no adquiere movimiento alguno y todo el producto de la última cosecha está depositado en las bodegas y molinos de la costa. Su precio no experimenta hasta ahora un cambio ventajoso...<sup>8</sup>. El precio de la fanega tendió a estabilizarse en torno a los \$ 3,50 en la plaza de Concepción. Sin embargo era difícil que los hacendados locales pudieran esperar precios mejores. Como acota Bauer, el precio de la fanega se cotizó en Chile central en \$ 3,38 durante la década de 1870, siguiendo una tendencia decreciente<sup>9</sup>.

No obstante, la situación desfavorable de los terratenientes no era achacable sólo a los problemas derivados de precios y demanda de sus productos. En la base de su pérdida de supremacía económica, estaba el espíritu de rutina, de falta de innovación, que los desplazaba en una economía en proceso de expansión a pesar de las crisis. El periódico local denunció con irritación la actitud de los hacendados. Reiterando su postura de tipo fisiocratista, al analizar la agricultura del país y en especial la de la provincia, expresaba que esta actividad estaba llamada "por la Providencia a ser en nuestro fértil suelo el principal ramo de industria, ella nos ha de elevar con sus importantes productos a una de las principales repúblicas de Sudamérica". Enseguida llamaba la atención sobre el potencial agrícola de la provincia, en contraste con su estado de languidez, de descuido y de atraso. Los agricultores carecían de conocimientos básicos sobre la naturaleza de sus terrenos y, por consiguiente, de los cultivos que conforme a sus características eran los más adecuados ("que los suelos son aquí ligeros arenosos; más allá arcillosos, gredosos o compactos, limosos o volcánicos, y que cada uno de ellos necesita un estudio aparte, porque sus propiedades son distintas; que cada uno de ellos se presta con más o menos facilidad a tal o cual cultivo..."). No tenían conocimientos sobre el regadío y el empleo de maquinarias más modernas. Finalizaba el articulista con una acerba crítica al espíritu rutinario de los hacendados. "No hay uno solo de entre ellos - afirmaba - que se dedique a esta clase de estudios porque creería rebajarse en su dignidad; y ellos que son los dueños del territorio de la provincia son los menos que se ocupan del degrado en los importantes trabajos, que tanto acrecentarían su fortuna y la del país, en manos de ignorantes inquilinos que nada valen y a quienes no se estimulan en el interés propio; no hay uno de ellos que dedique a sus hijos al aprendizaje de la teoría y la práctica de esta importante (sic) a que está vinculado el progreso de la provincia; pues ellos dicen que estos conocimientos no los necesitan o que son buenos para otra clase de hombres a quienes ellos necesitan o que son buenos para otra clase de hombres a quienes ellos pagarán; que las clases menesterosas pueden abrazar con calor esta profesión, pero no entran a examinar que nunca tienen de donde sacar los recursos necesarios para hacer un estudio de esta naturaleza; y agregan, con toda clama, que a los hijos de los pudientes no le sienta bien, ni le es propio ni decoroso tan secundario estudio. Lamentable despreocupación, lamentable ignorancia, lamentable estupidez que les perjudica en sumo grado y que atrasa al país retardando su desarrollo industrial y económico"<sup>10</sup>.

En suma, los hacendados revelaban una falta de iniciativa, para aprovechar el rico potencial de sus tierras y para sobreponerse a las contingencias adversas. Contrastaba esa actitud con la de los empresarios foráneos, que ante la crisis de la molinería, y aún

<sup>8</sup> *Ibidem*, 31 de marzo de 1860.

<sup>9</sup> Bauer, Arnold J., "Sociedad y política rural chilena en un enfoque comparativo", en *Proposiciones* N° 14, Santiago, Sur Ediciones, 1990, pág. 255.

<sup>10</sup> "Atraso de nuestra agricultura" en *El Correo del Sur*, Concepción, 28 de agosto de 1860.

anticipándose a ella, diversificaron sus gestiones. Fue así como Matías Cousiño, empresario extraregional, combinó la molinería con las explotaciones carboníferas; y el estadounidense Guillermo Gibson Délano, uno de los más importantes molineros, invirtió recursos generados en ese rubro para conformar, asociado con Federico Guillermo Schwager e Hijo de Valparaíso, la Compañía de Carbón de Puchoco, la principal empresa minera en la zona de Coronel. Pablo Hinckley Délano, hermano del anterior, asimismo molinero, también se asoció a esa compañía. Todos los molineros foráneos se afanaban en diversificar sus fuentes de ingreso y en asumir nuevos proyectos empresariales. Enrique H. Rogers, dueño del molino de Lirquén, formó compañías de comercio y cuando el molino quebró por causa de la crisis que afectó a la molinería regional, se esforzó en poner en explotación las minas de carbón de piedra que poseía en el mismo puerto de Lirquén, en una etapa en que las explotaciones carboníferas se habían desplazado hacia la costa sur de la provincia<sup>11</sup>. Roberto Cunningham, propietario del molino de Landa, era dueño de embarcaciones; martillero; criaba ganados en Tucapel, en la Araucanía, y constantemente se animaba a buscar otros derroteros económicos. Ilustran esos afanes un poder conferido a su hermano Guillermo Crichton Cunningham para que denunciara minas en el territorio de la República y para que formara compañías con el objeto de trabajar las que se descubrieran; y otro poder extendido a un comerciante de Lima para que pidiera al gobierno del Perú permiso y privilegio exclusivo para abastecer de agua dulce y destilada al puerto de Pisagua<sup>12</sup>. Además, Cunningham gestionaba ante el gobierno chileno el monopolio de la navegación por el Biobío<sup>13</sup>.

Entre los británicos y estadounidenses que predominaron en la agro-industria molinera, sin duda Guillermo Gibson Délano representó en mayor grado la diversificación empresarial y en gestiones de más envergadura. En una rápida revisión de sus negocios, aparte de los molinos y de la formación de la Compañía Minera de Puchoco, anotamos los siguientes: el establecimiento de una fábrica de botellas, cristales y vidrios en el mismo Puchoco, con obreros y maquinarias traídos de Alemania; la fábrica de ladrillos refractarios, también en Puchoco, que rivalizaba con la de Lota instalada por Matías Cousiño; la fábrica de paños Bellavista de Tomé, en la que ocupaba de preferencia mano de obra femenina (a poco de instalada empleaba a unas 200 mujeres); fue propietario de embarcaciones; comerciante de artículos importados, incluidos los de mayor tamaño, como los carruajes; accionista de bancos y de compañías de seguros; hizo el tendido de vías férreas en sus establecimientos carboníferos y fue de los primeros en interesarse en la construcción del ferrocarril de Concepción a la zona del carbón, aunque, en definitiva, no fue él quien concretara esta obra fundamental de infraestructura; contó entre sus proyectos el de surtir de agua potable a la ciudad de Concepción. Por último, se proyectó además a la propiedad terrateniente, incluyendo en sus propiedades la hacienda de Cosmito, ubicada a medio camino entre Concepción y Penco; la hacienda de viñas del Galpón, en la ribera norte del Itata; el fundo La Arboleda en el departamento de Talcahuano; el de Agua del Oro en las inmediaciones de Concepción y el potrero Maquehua, de 12.000 cuerdas, en el departamento de Arauco, a orillas del río Carampangue. Tuvo la iniciativa de formar, por 1870, una Sociedad de Agricultura de Concepción, con el propósito de fomentar el progreso agrícola de la región.

Guillermo Gibson Délano representaba el nuevo espíritu empresarial llegado a la zona, el espíritu del buen burgués, reflejado en una relación necrológica escrita en su honor

<sup>11</sup> *El Correo del Sur*, Concepción, 19 de enero y 5 de octubre de 1861.

<sup>12</sup> ANC, vols. 57, fs. 353v-354 y 67, fs. 385 y v.

<sup>13</sup> *El Correo del Sur*, Concepción, 23 de marzo de 1854.

por Benjamín Vicuña Mackenna. En parte de ella expresó: "El señor Délano no era en manera alguna pródigo ni ostentoso. Cuidaba su fortuna como el cultivador que atesora el agua que ha de fertilizar el campo de sus mieses; por esto no desparramaba en vanidades su caudal, abriendo las esclusas; era sagaz, previsor, en el momento oportuno atrevido, y siempre puntual"<sup>14</sup>.

Frente a tales ímpetus económicos, los empresarios locales y en especial los hacendados tradicionales se mostraban rezagados. Algunos propietarios, estimulados por el nuevo ánimo mercantil impuesto por los extranjeros, desplegaron una activa gestión empresarial. Así José Ignacio y José Salvador Palma, de la propiedad territorial se proyectaron a la molinería del trigo, como ya indicamos, e iniciaron su incorporación al subsector que dinamizó la economía regional luego del auge molinero: la minería del carbón. Adquirieron numerosos terrenos carboníferos y pusieron en explotación algunas minas. Pero la muerte repentina y sucesiva de estos hermanos, uno al año después del otro (1852 y 1853), puso fin a planes empresariales que se vislumbraban con amplias perspectivas. También, como hemos visto, José Francisco Urrejola, terrateniente del núcleo tradicional incursionó en la molinería. Hubo además otros propietarios terratenientes locales que fueron cogidos por el nuevo ambiente mercantil. Entre ellos José Antonio y Juan Manuel Alemparte y Manuel Serrano, sobre quienes aún nos falta reunir mayores informaciones en el estudio prosopográfico que estamos realizando sobre actores empresariales en la región de Concepción. Sin embargo, en su conjunto los hacendados locales no se equiparaban a los empresarios foráneos.

La revisión de la documentación sugiere que las inversiones de los hacendados obedecieron al propósito de extender sus posesiones, más que a hacerlo en progresos técnicos para aumentar el rendimiento de sus tierras o en otras gestiones económicas. La partición de las heredades entre numerosos sucesores, implicaba una subdivisión de las propiedades que era necesario revertir si se quería consolidar la posición de terrateniente. Por eso fueron frecuentes las compras y transacciones entre coherederos, como asimismo las compras hechas a otros propietarios. Estos expedientes permitieron la acumulación de propiedades agrícolas y, por tanto, el fortalecimiento como terratenientes. Un caso ilustrativo es el de Gonzalo Urrejola, de quien se registran en los libros notariales de Concepción numerosas compras de derechos hereditarios y de tierras a sus coherederos en los bienes dejados por su abuelo Alejandro Urrejola, como asimismo compras hechas a otros propietarios que incluían desde pequeñas superficies de unas pocas cuadras hasta extensiones aproximadas a las mil cuadras. Algunos ejemplos que ilustran esta propensión de don Gonzalo a acumular tierras:

- Compra hecha a José González y a la esposa de éste Rosario González Urrejola, de la acción que les correspondía en la hacienda Cucha Cucha. Tal acción y derecho de los vendedores provenía de la parte perteneciente en esa hacienda a doña Rita Urrejola, madre de la esposa; doña Rita había dividido en tres partes su herencia en dicho fundo, donando una de ellas a los referidos cónyuges. El precio pagado por Gonzalo Urrejola fue de \$ 1.400<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> "Don Guillermo Gibson Délano", en *La Revista del Sur*, Concepción, 24 de abril de 1877.

<sup>15</sup> ANC, vol. 38, fs. 15-17v.

- Compra hecha a su tía doña María Ignacia Urrejola, de la acción y derecho que tenía en la misma hacienda proindivisa, por el precio de \$ 3.000 que el sobrino terminó de pagar casi diez años después de haberse formalizado la transacción<sup>16</sup>.
- Compra de la hacienda San Antonio de Conuco, situada en el departamento de Coelemu, con una extensión de 900 cuabras, por el precio de \$ 4.000<sup>17</sup>.
- Compra hecha a la viuda Valentina Rifo, de un terreno de 12 cuabras aproximadas en Palomares, departamento de Puchacay, que lindaba con tierras del propio Urrejola, quien pagó \$ 240 en efectivo<sup>18</sup>.

Como se puede advertir, Gonzalo Urrejola efectuó su acumulación patrimonial en lugares relativamente distantes entre sí, como eran los departamentos de Coelemu y de Puchacay. Esto era factible porque las tierras no solían ser trabajadas directamente por los hacendados, sino entregadas en arrendamientos. Factores de este tipo concuerdan con la aseveración de Barros y Vergara, en el sentido de que el propietario agrícola resultaba ser un rentista más que un empresario propiamente tal<sup>19</sup>. Los hacendados no necesitaban aumentar la productividad de sus tierras; les bastaba con percibir las rentas y con la expoliación de los trabajadores rurales, fuesen inquilinos, peones o labradores, expoliación que ha analizado Gabriel Salazar<sup>20</sup>.

Este mismo autor critica la aseveración convencional en cuanto a la falta de inversiones productivas en las haciendas y la tendencia "super-consumista" de los propietarios terratenientes. Afirma, por el contrario, que entre 1834 y 1908 aproximadamente, se produjo un desarrollo de las fuerzas productivas de las haciendas, que incluyó la construcción de canales de regadío y la introducción de maquinaria moderna. La explicación de este proceso la atribuye a la proyección a la agricultura que efectuaron empresarios capitalistas como Waddington, Urmeneta, Cousiño y otros, que fueron los agentes de la modernización en las faenas agrarias. "Huelga decir -agrega- que el ejemplo dado por los hacendados capitalistas fue seguido de cerca por muchos terratenientes tradicionales"<sup>21</sup>.

¿Estuvieron los hacendados tradicionales de Concepción entre aquellos que se sintieron estimulados por este impulso capitalista que se proyectó al agro?. Por el tipo de gestiones que fluye de la documentación, en la que se aprecia, como hemos indicado, una tendencia extensiva y no intensiva, nos inclinamos a sostener que tal ímpetu capitalista no alcanzó a estos terratenientes. Nos parece elocuente al respecto, el artículo publicado en las páginas de *El Correo del Sur* antes citado sobre el atraso de la agricultura regional. Hay otros indicios en las fuentes periodísticas; constatamos, por ejemplo, que los señores Maurin y Peron se vieron obligados a cerrar un establecimiento de fundición instalado en Concepción, donde se ofrecían y reparaban maquinarias para los agricultores, porque los trabajos que se les encomendaban eran muy pocos<sup>22</sup>. Asimismo la revisión bibliográfica refuerza nuestra suposición. Bengoa, quien se ha referido a la modernización de la agricultura decimonónica,

<sup>16</sup> *Ibidem*, fs. 20v-21.

<sup>17</sup> *Ibidem*, vol. 58, fs. 297-302.

<sup>18</sup> *Ibidem*, vol. 85, fs. 418-419.

<sup>19</sup> Barros Lazaeta, Luis y Ximena Vergara Johnson, *El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*, Santiago, Ediciones Aconcagua, 1978.

<sup>20</sup> *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Santiago, Ediciones Sur, 1985. En especial capítulos I, 5 y II, 2.

<sup>21</sup> *Ibidem*, págs. 157-163.

<sup>22</sup> *El Correo del Sur*, Concepción, 11 de diciembre de 1862.

asevera que ella se llevó a cabo en un número reducido de haciendas y, citando a Julio Menadier, circunscribe el progresismo "a las grandes haciendas circunvecinas a la capital". Incluye, además, la nómina de los asistentes al Congreso Libre de Agricultores, celebrado en 1875 con el propósito de impulsar la modernización de la agricultura. A esta instancia modernizadora concurren intelectuales y agricultores imbuidos de las ideas de progreso. La nómina en referencia consulta más de setenta nombres; en ella comprobamos la participación de sólo dos concurrentes correspondientes a Concepción (Miguel Ignacio Collao y Cornelio Saavedra), que no pertenecían al núcleo sucesor de los comerciantes-terratenientes de la última etapa del coloniaje<sup>23</sup>.

Aún si se hubiese difundido en los agricultores la voluntad de llevar a efecto la mecanización y el progreso técnico, había un límite que estaba dado por la extensión del mercado. Diversos autores se han referido a la estrechez de los mercados interno y externo. Bauer ha destacado la incidencia de este factor, fundamental a su juicio, en el subdesarrollo de la agricultura chilena. Como es bien sabido la demanda de California y Australia fue pasajera; de más duración fue el mercado europeo que estimuló a la producción nacional por unos quince años entre 1865 y 1880<sup>24</sup>. Si las perspectivas de desarrollo se veían limitadas para la agricultura del país en su conjunto, más precarias se presentaban las condiciones en el área de Concepción, por problemas estructurales como eran el menor volumen de los mercados urbanos más próximos en comparación con la zona central y la insuficiencia de la red caminera. "La provincia de Concepción constantemente solicitaba fondos al gobierno para la construcción de caminos provinciales", anota acertadamente Bauer<sup>25</sup>. La falta de caminos hacía subir el precio del transporte; así se colige de una información periodística que refería que los hacendados tenían excedentes de trigo en sus graneros pero se encontraban "embarazados" para transportarlos por el encarecimiento de los fletes<sup>26</sup>. Mientras el ferrocarril entre Santiago y Valparaíso terminó de construirse en 1863 y pocos años después la red ferrocarrilera vinculó al puerto central con las provincias agrícolas de Colchagua y Curicó, el tramo entre Chillán y Talcahuano sólo estuvo habilitado hacia los mediados de la década siguiente.

La falta de iniciativa empresarial para modernizar sus propiedades territoriales y para diversificar sus inversiones, unido a problemas estructurales a los que no se sobrepusieron, fueron posponiendo a los terratenientes locales. Otros empresarios insertos en la economía regional introdujeron adelantos en el agro. Vicuña Mackenna resaltó la acción desplegada en esta actividad por Guillermo Gibson Délano, quien transformó la hacienda de Cosmito que "de predio de pastoreo a ser una granja trabajada a la europea"; igualmente en la hacienda del Galpón perfeccionó la producción vitivinícola y sus "vinos comenzaron a ganar crédito". "El señor Délano introducía en todas sus propiedades las herramientas y maquinarias modernas"<sup>27</sup>.

Por su parte, Pablo Hinckley Délano, hermano del anterior, adquirió en remate varias hijuelas en los llanos de Arquén, en la provincia de Linares, que formaban un total de

<sup>23</sup> Bengoa, José, *Historia social de la agricultura chilena. Tomo I, El poder y la subordinación. Acerca del origen rural del poder y la subordinación en Chile*, Santiago, Ediciones Sur, págs. 225-227. La cita de Menadier corresponde a una comunicación presentada en el *Boletín de Agricultura*, (B.A.)1875.

<sup>24</sup> Bauer, Arnold J., *La sociedad rural chilena. Desde la Conquista hasta nuestros días*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1994, págs. 66 y 93-95. Véase también Sergio Sepúlveda G., *El trigo chileno en el mercado mundial. Ensayo de Geografía Histórica*, Santiago, Editorial Universitaria, 1959, págs. 62-64.

<sup>25</sup> *La sociedad rural...* pág. 74, nota 6.

<sup>26</sup> *El Correo del Sur*, Concepción, 16 de octubre de 1862.

<sup>27</sup> Art. Cit.

unas 1.500 cuadras. Esas tierras pertenecían por donación al Hospital de Mujeres de Concepción. Délano consiguió un préstamo del banco de su cuñado Agustín Edwards, para comprar los terrenos<sup>28</sup>. Los puso bajo la administración de su hijo Guillermo H. Délano, quien los transformó de incultivables en tierras de pan llevar que rendían en promedio cuarenta fanegas de trigo por cuadra. Hizo una diversificación de producciones, plantando viñas y arboledas frutales, chacarería y cultivos forrajeros; incluyó animales de razas e introdujo maquinaria de labranza; construyó canales de regadío y de desagüe, aprovechando las aguas del Maule. Pacientemente el hijo administrador fue preparando los terrenos, fertilizándolos con el propio estiércol de los animales, huesos calcinados, "hojas repodridas, barro de caminos y de los canales y otras sustancias fáciles de proporcionarse". Su ingenio lo motivó a traer desde Inglaterra a perros ratoneros, que pronto eliminaron a los roedores, de manera que "así no más se explica que en Arquén no se pueda encontrar un ratón, en las casas o en las cercas". En la hacienda, que recibió el nombre de Peñuelas, los trabajos duraban todo el año, por lo que los trabajadores podían tener continuidad en sus ocupaciones<sup>29</sup>. Pablo H. Délano optó por vender las hijuelas de Arquén a su hijo Guillermo al precio de \$ 96.082,98 1/2, suma que representaba un incremento en torno al 100% por sobre el valor inicial pagado por el padre: \$ 48.248; ello demuestra la valorización de esos terrenos<sup>30</sup>. El nuevo propietario también contó con el apoyo financiero de su tío banquero Agustín Edwards, quien en el año de la compra, 1874, le concedió un subido préstamo por \$ 132.141,77<sup>31</sup>. En el caso de las tierras de Arquén, si se produjo el efecto de imitación por parte de hacendados vecinos: según la reseña del *Boletín de Agricultura* que seguimos, varios adoptaron los adelantos ensayados en la hacienda de Peñuelas.

Pero el panorama global de la agricultura en el sur del país no era auspicioso. El mismo *Boletín* llamó la atención en sus páginas sobre la decadencia de esta actividad en el sur, estimando que uno de los motivos principales de tal situación era el cultivo ininterrumpido en los mismos suelos del vegetal más agotador: el trigo<sup>32</sup>. Sólo en forma excepcional algún hacendado de Concepción destacaba por introducir perfeccionamientos en la producción agrícola; tal fue el caso de Domingo Rioseco, a quien se celebraba en una nota periodística porque en su fundo Los Pantanillos beneficiaba un vino a imitación del producido en la Champaña - lo que sugiere que había plantado cepas francesas - y que a juicio de los conocedores era equiparable a los mostos elaborados en Europa<sup>33</sup>. Pero el afán de progreso no fue la tónica.

<sup>28</sup> Las vinculaciones con los capitalistas del centro del país constituían sin duda una ventaja para los empresarios extrarregionales, que contribuía a su supremacía sobre los hacendados locales. Constatamos un préstamo personal hecho por Agustín Edwards al mismo Pablo Hinckley Délano por la crecida suma de \$152.483 en el año 1870. Archivo Nacional. Notarios de Valparaíso (ANV), vols. 159, fs. 274-275 y 183, fs. 610v.

<sup>29</sup> "La hacienda de Peñuelas de Arquén", en B.A., vol. VIII, 1877, págs. 337-342.

<sup>30</sup> ANV, vol. 183, fs. 609-610v. y ANC, vol. 63, fs. 380-395v.

<sup>31</sup> ANV, vol. 183, fs. 612-613v.

<sup>32</sup> "La decadencia de la agricultura en el sur", en B.A., vol. IX, 1877, pág. 302.

<sup>33</sup> *El Correo del Sur*, Concepción, 27 de diciembre de 1860.

## A MODO DE CONCLUSION: TRANSFORMACION EMPRESARIAL OPERADA EN CONCEPCION

De manera que en el transcurso del siglo pasado se fue verificando un desplazamiento en la cúspide empresarial de la economía regional. Los latifundistas locales que provenían del núcleo de comerciantes-hacendados dominante de fines del período colonial, tuvieron que ceder el liderazgo económico ante el empuje de hombres nuevos procedentes del extranjero o de otras regiones del país. La economía de Concepción sufrió un proceso de extrarregionalización, en el sentido de que quienes estaban a su cabeza no formaban una élite local, sus intereses estaban ligados a los de la burguesía nacional en formación de la que eran parte. Algunos de estos nuevos empresarios dominantes, ni siquiera se radicaron en la zona; v. gr. Matías Cousiño y su hijo Luis Cousiño Squella. Otros, después de un tiempo de permanencia, trasladaron su domicilio a la zona central; así lo hizo Pablo Hinckley Délano que se asentó en Valparaíso donde falleció en 1881. Hubo quienes sí permanecieron en la región pero, concentrados en sus actividades productivas, dejaron poco tiempo para establecer lazos sociales. Ilustran esta opción los casos de Federico Guillermo Segundo Schwager, aplicado en la producción carbonífera en el área de Coronel, y de Guillermo Gibson Délano quien residió mucho tiempo en el puerto molinero de Tomé; aunque éste último aparece más vinculado a la región -donó gratuitamente los terrenos en que se construyó el Club Concepción, réplica local del Club de la Unión- sus relaciones empresariales marcaban una mayor pertenencia a la burguesía nacional; además su carácter ascético que lo inclinó a permanecer célibe, impidió que consolidara lazos familiares en Concepción. En general, en la documentación consultada, no advertimos que se hayan producido conexiones familiares, por lo menos no en forma significativa, entre los empresarios de antiguo y nuevo cuño.

En el siglo XIX aparecen pues claramente diferenciados los terratenientes tradicionales y los nuevos empresarios capitalistas, éstos por sobre aquéllos. Si bien en algunos casos de empresarios locales parece advertirse un mayor nexo con los nuevos empresarios dominantes, como apreciación global estimamos que los terratenientes regionales no fueron integrados o no se interesaron por insertarse en el proceso de conformación de la burguesía nacional, la que, como afirma Villalobos, terminó concentrándose en Valparaíso y Santiago<sup>34</sup>. En el fondo, el proceso empresarial verificado en Concepción durante el siglo pasado, corresponde más bien a la conquista de una periferia económica hecha por la burguesía nacional, más que a un desarrollo debido a las fuerzas empresariales endógenas de la región.

Sin embargo, los latifundistas conservaron la preeminencia social, apoyados en el prestigio que daba la propiedad territorial. Tampoco puede desconocerse el valor económico de la tierra, aunque el acceso a la riqueza siguiese principalmente otros cauces<sup>35</sup>. Además, la preponderancia social de los terratenientes tradicionales de Concepción, se vio favorecida por el "ausentismo" o escasa presencia en la región de los capitalistas más prominentes, quienes desde sus residencias señoriales en Santiago o desde Valparaíso dirigían sus negocios. En cambio la presencia de los hacendados era permanente en la ciudad; sus casas habitaciones estaban emplazadas en el área central de ella y ejercían su influjo elitista sobre el resto del cuerpo social, a despecho de la pérdida de importancia de su posición económica.

<sup>34</sup> Villalobos, Sergio, *Origen y ascenso de la burguesía chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, 1987, pág. 70.

<sup>35</sup> Cfr. Villalobos, *op. cit.*, pág. 71.

En Concepción no se dio la confluencia oligárquica de burgueses y terratenientes de raigambre colonial, como ocurrió en el centro del país, sino que la antigua élite de base mercantil-terrateniente se vio desplazada económicamente, aunque no socialmente, por el empuje de empresarios extrarregionales que captaron las principales actividades productivas que se desarrollaron en la región.